

# EL AUTÓMATA



Novela original de Robustiana Armiño de Cuesta, 1853-1854

Editada por Antonio Terrón Barroso, 2024

## ESCRITORAS EN LA PRENSA DEL SIGLO XIX. EDICIONES DIGITALES

Serie coordinada por M.X. Lama y E. Losada

CC-BY © De la edición, prólogo, bibliografía, notas e imagen de portada, Antonio Terrón Barroso, 2024.

*El autómata*. Robustiana Armiño de Cuesta. 1ª edición del texto publicada en *El Correo de la Moda*, números 43-51, 1853-1854.

Proyecto GenVIPReF. Género, violencia y representación. Los textos de creación en la prensa femenina peninsular (1848-1918), REF.: PID2020-113138GB-I00.

Colaboran: ADHUC-Centre de Recerca Teoria, Gènere, Sexualitat de la Universitat de Barcelona; Càtedra UNESCO-Dones, Desenvolupament i Cultures; Ministerio de Ciencia e Innovación y Agencia Estatal de Investigación.

## ÍNDICE DE CONTENIDOS

### PRÓLOGO

¿Tienen límites los deseos de una reina? 4

NOTA SOBRE LA EDICIÓN 9

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 10

EL AUTÓMATA 11

CAPÍTULO I. El sueño maravilloso 11

CAPÍTULO II. Maese Guillermo Koerner, o el viejecito de la peluca 17

CAPÍTULO III. Dos niñas para una muñeca 24

CAPÍTULO IV. El padre y la hija 30

CAPÍTULO V. Otra vez el autómata 35

# PRÓLOGO

¿Tienen límites los deseos de una reina?

por Antonio Terrón Barroso

*El autómeta*, editada entre finales de 1853 y principios de 1854, fue la tercera novela original por entregas de Robustiana Armiño de Cuesta para *El Correo de la Moda*. Apareció en nueve números consecutivos, la primera entrega en el número 43 (24 de noviembre de 1853) y la última en el 51 (24 de enero de 1854).

La trama principal de la novela se construye alrededor de las excentricidades y caprichos de Batilde, una “niña” destinada a “gobernar”, cuya personalidad “de genio altanero y voluntarioso” se describe ya en los primeros párrafos de la siguiente forma:

Hay en aquel movimiento de cabeza una dignidad tan marcada, que solo puede ejecutarla una reina, cuando dice: *Yo lo quiero*, con toda la fuerza del poder real. (...) No es ciertamente una emperatriz, no es una reina; pero es una princesa soberana. Esa niña, tan fresca y rosada, que deja percibir en sus movimientos un genio altanero y voluntarioso, es Batilde, la gran duquesa de uno de los estados de Alemania, sobrina del príncipe regente que debía gobernar el estado hasta su mayor edad. (pp.11-12).

Siendo Armiño abiertamente monárquica (Martínez Hernando, 2014) y borbónica (Ara Torralba, 2004), no sería de extrañar que para construir el personaje de Batilde se inspirase en Batilde de Orleans (Saint-Cloud, 9 de julio de 1750-París, 10 de enero de 1822)<sup>1</sup>, masona (Allen, 2021:32) y madre de Luis Antonio de

---

<sup>1</sup> Batilde de Orleans quedó huérfana de madre a los nueve años y fue enviada a un convento. Al salir, con 20 años, se casó con su primo, Luis Enrique José de Borbón-Condé, que tenía 14 años. Aunque la relación fue distante, tuvieron un hijo, Luis Antonio, futuro rey. En 1780, tras escándalos relacionados con las infidelidades de su esposo, se separaron, lo que la llevó a recluírse en su palacio de Chantilly. Durante ese periodo, tuvo en secreto una hija con un oficial de marina. Además, parece que también se interesó por las artes ocultas. Su salón se volvió un espacio notable por su libertad de pensamiento y sus distinguidos asistentes. Durante la Revolución, abrazó los ideales republicanos mientras su esposo e hijo, fieles a la monarquía, huían de Francia. En 1797 tuvo que exiliarse en España, a donde la acompañó su hija ilegítima. Durante el viaje entabló una relación con un joven gendarme que la escoltaba. Ya en Barcelona, fundó una farmacia y un dispensario para los pobres.

Borbón. Mediante las excentricidades del personaje parece que Armiño, consciente o inconscientemente, pretendiese, por un lado, justificar las actitudes clasistas y déspotas de las que podía hacer gala abiertamente la realeza durante el Antiguo Régimen, mientras que, por otro, les restaría importancia exacerbando su apariencia “angelical”:

La niña sueña sin duda, porque en sus facciones hay una contradicción ligera que nos servirá para conocer mejor el carácter de Batilde. Sus cejas, de un rubio pálido, parece que se acercan más a los párpados; sus labios se adelgazan comprimiéndose, y sus piecitos se agitan bajo la ropa que los cubre como si quisiesen despedazar la tela de los almohadones. ¿No revelan estos sentimientos un carácter impaciente y voluntarioso? ¿No indica que aquella niña tan angelical está más cerca de la cólera que del buen humor? (p.11).

En contraposición al personaje de Batilde, que representa al poder político y económico, edulcorado mediante su corta edad, Armiño también ofrece a las lectoras, a través de los personajes del relojero —Maese Guillermo Koerner—, y la hija de este —Lisbeth—, una descripción de la clase trabajadora, a la que retrata con condescendencia haciendo hincapié en la “escasez de posición” y los reducidos “placeres” a los que se tiene acceso en una vida “pobre y metódica, como la de los relojes”:

Aunque como hemos dicho, la tienda respiraba por todas partes la escasez de posición, ninguno las adivinaría en los semblantes de Maese Guillermo, ni de su hija Lisbeth, que están cenando con la tranquilidad de aquel a quien nada importa el pasado, el presente o el porvenir. La vida de estos dos personajes es pobre y metódica como los relojes; las composturas y los abonos de algunos ricos, cuyos relojes arregla Guillermo semanalmente, cubren apenas las necesidades que comprendemos bajo el nombre del pan de cada día; con la módica renta que les produce una pequeña suma que Lisbeth heredó de uno de sus parientes, se visten y pagan el alquiler de la casa, y he aquí lo que ellos llaman estar a cubierto de la necesidad. En cuanto a sus placeres, se

reducen a tener por amigos algunos vecinos honrados y alegres, con quienes hablan y juegan casi todos los días.” (p.17).

Con el uso reiterado del sujeto “ellos” para referirse a Maese Guillermo Koerner y a Lisbeth, su hija, Armiño separa claramente a la clase obrera del poder político y económico, encarnado por Batilde y su tío, el regente. Esta distinción deja entrever la marcada jerarquización social que se defendía políticamente en España desde el carlismo, además de ejemplificar el clasismo y el despotismo con el que social y culturalmente se justificaba y perpetuaba la lógica de las “relaciones monarquía-súbditos” (Jara Fuente, 2020:30). A su vez, con esta alienación de la clase trabajadora, Armiño quizás también pretendía fomentar entre sus lectoras una cierta ilusión de clase.

Como ocurría ya en su anterior novela original para *El Correo de la Moda*, titulada *Una corona de encina*, con *El autómeta*, Armiño parece también tener la intención de despertar en las lectoras la curiosidad por la historia, la geografía y otras lenguas a través de los personajes y las localizaciones de la trama, que vuelve a situar fuera de España. Para ello, incluye notas a pie de página mediante las que explica el significado de palabras que ha tomado de otras lenguas, como es el caso de *sapajou* (del francés) o *riksdaler* (del sueco).

Durante las primeras décadas del siglo XIX, el turismo comenzaba ya a consolidarse como una actividad económica asociada al ocio y la cultura que, progresivamente, pasó de estar ligada exclusivamente a la realeza y la alta burguesía a convertirse en una actividad de masas (Faraldo y Gutiérrez López, 2014). Este hecho propició que la producción de relatos relacionados con los viajes aumentara considerablemente, sobre todo a partir de la década de los cuarenta (Serrano, 1993).

Como técnica narrativa que busca involucrar a las lectoras en la trama, Armiño hace uso de formas verbales de primera y segunda persona del plural mediante las que intenta captar la atención y el interés, fomentando la sensación de que, mientras se lee, se está viajando:

Recorramos si gustáis las calles de la ciudad donde reina Batilde. El sol acaba apenas de retirarse, y ya los pacíficos y sencillos habitantes se

preparan a imitarle; los comerciantes cenan delante de la puerta de las tiendas, sus hijos corren en derredor, aprovechando la última hora del día, y nosotros, que no tenemos tiempo para detenernos a vagar, será preciso que apretemos el paso, si hemos de encontrar abierta la tienda de Maese Guillermo de Koerner. (p.17)

La novela presenta también ciertas características argumentales que la conectan con el romanticismo oscuro, subgénero que destacó por su escepticismo hacia la idea de que la bondad es inherente al ser humano, explorándola, por un lado, a través de personajes que solían estar marcados por el pecado y la autodestrucción, y por otro, de temas relacionados con lo irracional, lo demoníaco o lo grotesco mediante elementos como la exacerbación de la melancolía, la locura, el crimen o atmósferas inquietantes, vistos como manifestaciones simbólicas de una naturaleza humana en decadencia (Fernández Consuegra, 2024).

En España, la literatura fantástica decimonónica surgida alrededor del romanticismo oscuro no consiguió tener la relevancia que sí llegó a alcanzar en otras tradiciones europeas, como la anglosajona, gracias a la figura de Edgar Allan Poe, o la alemana, con la obra de Hoffmann. Considerada como un vestigio del romanticismo tardío con inclinaciones escapistas, la producción de literatura fantástica se circunscribió, ya a finales de siglo, a algunas obras concretas de escritores como Gustavo Adolfo Bécquer, Benito Pérez Galdós o Rosalía de Castro (Roas, 2002), autores a los que, posiblemente, Armiño quisiese emular. En cualquier caso, las referencias al cuento *Los autómatas*, de Hoffmann, son más que evidentes.

La novela deja entrever también la forma en que los límites entre lo humano y lo artificial comenzaban ya a desdibujarse, planteando a sus lectoras, de manera indirecta, algunas cuestiones éticas y filosóficas relacionadas con lo deseable y lo indeseable, la producción de vida no humana y la ciencia como herramienta mediante la que cuestionar ciertos postulados religiosos, sobre todo los relacionados con la creación como concepto exclusivamente teológico.

La excentricidad del personaje de Batilde, quien deseaba tener una muñeca-robot que fuese su amiga, pero a la que pudiera controlar a su antojo, le sirve a

Armiño como telón de fondo para representar la fascinación y el recelo que el desarrollo de la tecnología causaba ya, al conseguir generar movimiento en lo inerte. El hecho de que utilizara para ello la figura de una niña, en lugar de la de una adulta, podría ser una estrategia consciente que le permitiese explorar, desde sus posiciones públicas —conservadoras y católicas—, un posible interés personal por el escapismo y el ocultismo, que también dejaba entrever en *Ánima sola* (1853), su primera novela original publicada en *El Correo de la Moda*.

## NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En la transcripción de esta novela se han realizado pequeñas intervenciones sobre el texto original publicado en *El Correo de la Moda* en 1853 y 1854 con el objetivo de facilitar su lectura. Las más significativas han sido, por un lado, las relacionadas con la puntuación y, por otro, con la acentuación, habiéndose adaptado en todos los casos a las normas del español actual. Se ha intentado siempre que el mensaje original no se viese afectado por los cambios.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Allen, James Smith. (2012). *A Civil Society: The Public Space of Freemason Women in France, 1744-1944*. University of Nebraska Press.

Ara Torralba, Juan Carlos (2004). "De Iris a Pepona. Isabel II en el porfolio literario". En Pérez Garzón, J.S. (ed.), *Isabel II, los espejos de la reina*. Madrid: Marcial Pons (pp. 263-280).

Faraldo, José M. y Carolina Rodríguez-López (2014). *Introducción a la historia del turismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Fernández Consuegra, Celia B. (2024). "Romanticismo Oscuro". *HIDDEN arts*, 6, pp.12-19.

Jara Fuente, J. A. (2020). *Las emociones en la historia: una propuesta de divulgación*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha.

Martínez Hernando, Bernardino (2014). "Robustiana Armiño, la moderada exaltación". *Arbor* 767, a139.

Roas, David (2002). *Hoffmann en España. Recepción e influencias*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Serrano, María del Mar (1993). *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del s. XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

# EL AUTÓMATA

Robustiana Armiño de Cuesta

## CAPÍTULO I. El sueño maravilloso

Levantemos ligeramente el magnífico cortinaje de seda azul bordado de palmas de oro; el día esparcirá entonces su claridad brillante por este salón vasto y sombrío, y podremos contemplar a nuestro antojo a la hermosa dormida.

Sobre un lujoso y blando sofá, está mullidamente acostada una linda niña, cuyo rostro infantil y lleno de frescura revela, a lo más, diez años de vida. Ese rostro, que forma un óvulo perfecto, nos presenta el tipo de seducción que los grandes pintores han prestado a los ángeles.

¡Qué expresión tan radiante anima su sueño! ¡Silencio! La niña sueña sin duda, porque en sus facciones hay una contradicción ligera que nos servirá para conocer mejor el carácter de Batilde. Sus cejas, de un rubio pálido, parece que se acercan más a los párpados; sus labios se adelgazan comprimiéndose, y sus piecitos se agitan bajo la ropa que los cubre como si quisiesen despedazar la tela de los almohadones. ¿No revelan estos sentimientos un carácter impaciente y voluntarioso? ¿No indica que aquella niña tan angelical está más cerca de la cólera que del buen humor?

La niña, impulsada por el sueño que la domina, echa hacia atrás la cabeza con un movimiento lleno de gracia, y los largos y sedosos bucles de cabello rubio van a dejar al descubierto sus diminutas orejas, cargadas de perlas y diamantes.

Hay en aquel movimiento de cabeza una dignidad tan marcada, que solo puede ejecutarla una reina, cuando dice: *Yo lo quiero*, con toda la fuerza del poder real. ¿Y no hay en todo lo que le rodea un lujo muy semejante al de la majestad? Sus cabellos están entrelazados de perlas, sus brazos ceñidos como una sarta de

rubíes, y los diamantes que adornan su cuello de cisne, lanzan destellos de admirable riqueza.

Su vestido de tisú de seda blanca parece envolverla en un manto de nieve acabada de caer, en tanto que los ricos encajes, las sedas más costosas y los muebles ricamente dorados dan a esta habitación todo el aspecto de una cámara regia.

Levantando una cortina de terciopelo, se ven en una sala inmediata una porción de damas ocupadas en labores de aguja, que hablan en voz baja, por miedo a turbar el sueño de su señora, y que, al primer movimiento de la niña, vendrán apresuradas a recibir sus órdenes.

No es ciertamente una emperatriz, no es una reina; pero es una princesa soberana. Esa niña, tan fresca y rosada, que deja percibir en sus movimientos un genio altanero y voluntarioso, es Batilde, la gran duquesa de uno de los estados de Alemania, sobrina del príncipe regente, que debía gobernar el estado hasta su mayor edad.

Un magnífico reloj colocado sobre una mesa dorada dio pausadamente las dos de la tarde, y su timbre sonoro hizo conmover a la joven duquesa dormida, que se restregó los ojos, e incorporándose rápidamente echó en derredor suyo una mirada escudriñadora.

Sin duda no hallaron sus ojos el objeto que buscaban, porque su semblante expresó entonces una contrariedad insoportable, y empezó a gritar con toda la energía del mal humor.

- ¡Señoras! ¡Señoras!

Las damas de honor se acercaron al instante, preparándose a arreglar su tocado, descompuesto por el sueño, pero Batilde, de un salto sobre la alfombra, y arrojándose sobre su dama favorita, la señora de Heldorf, se deshizo en lágrimas.

- Pero ¿qué es esto, señora? ¿Qué puede afligir de tal manera a vuestra Alteza? —exclamó la dama asombrada, en tanto que las otras se retiraban respetuosamente algunos pasos más atrás, para dejar a su duquesita libertad de explicarse, y hacer comprender a la señora de Heldorf su desesperación.
- ¡Oh! Esto es inaguantable, Heldorf, inaguantable... soñaba... pero el más lindo, el más agradable de los sueños, y esta maldita péndola acaba de despertarme... cantad... cantad para volverme a dormir... mecedme si es preciso, porque quiero dormir y continuar mi sueño.

El capricho era tan extraordinario, que las damas guardaron silencio, mordiéndose los labios para sostener la risa.

- ¡Vamos! ¡Vamos! Haced lo que os he dicho. ¡Dormidme otra vez! ¡Dios mío! ¡Esta gente va a consentir que me despierte del todo!

Pero, señora, aun cuando vuestra alteza logre conciliar de nuevo el sueño, es bastante difícil que vuelva a presentarse la misma ilusión.

- Pues lo quiero, y lo quiero, y lo mando.
- Pero, señora, contadnos por Dios ese sueño y, si es posible realizarle, vuestro tío empleará gustoso sus riquezas y su poder para hacerle real.

Batilde se sonrió, y rodeándose de sus damas de honor les dijo con un acento lleno de gracia:

- Figuraos, señoras, que creí hallarme en mi residencia de verano, donde habían presentado a mi vista los juguetes más bellos y los más ricos presentes, para que escogiese los que habían de presentármese el día de mi santo, que ya se acercaba. Entre tantas maravillas y deslumbradores objetos, uno solo cautivaba mi atención. Era una muñeca, pero una muñeca maravillosa que no hemos visto jamás. Era casi tan grande como yo, linda, bien hecha, con hermosos ojos negros,

lentos de inteligencia y penetración, de manera que a cada instante esperaba verla moverse y hablar como una persona. Su cutis satinado y sus labios rojos imitaban de tal manera la naturaleza, que cualquiera la hubiera tomado por una niña. En tanto que yo contemplaba con admiración la hermosa muñeca, mirábame de hito en hito un viejecito vivaracho y rubicundo vestido con unos calzones de seda negra, zapatos de hebilla, y cubierta la cabeza con una enorme peluca de martillo.

- Señora —dijo después de haberme contemplado un rato con atención— ¿al parecer esta muñeca ha tenido la dicha de agradaros?
- Cierto que sí, buen anciano, y si la vendes estoy pronta a comprártela.
- Es que antes de entrar en ajuste —añadió el viejo con una sonrisilla— quiero hacer ver a vuestra alteza todo el mérito de este juguete extraordinario.

Sacó entonces de su bolsillo una llavecita de oro, del tamaño de un reloj, la colocó en la cerradura oculta de la cintura de la muñeca, y luego la volvió a guardar. Oyose entonces el ruido cascado de un reloj al que acaban de dar cuerda, y la muñeca echó a andar, a correr, a jugar a la cuerda; y, en fin, a jugar conmigo una partida de dominó, que me ganó.

Las damas la escuchaban con una sorpresa que casi se acercaba al terror.

- Pues no es esto todo —exclamó la princesa con entusiasmo.

La puerta se abrió, dando entrada a dos personajes, que haremos conocer a nuestros lectores.

El gobierno del ducado, como hemos dicho, estaba confiado a la sabia dirección del regente, tío de Batilde, y este caballero probo, justo e ilustrado, era el que acababa de presentarse de improviso en la habitación de la princesa,

acompañado de un pajecillo, al que su malicia y su viva imaginación habían hecho adquirir el apodo de Sapajou<sup>2</sup>.

Batilde, sorprendida, se detuvo.

- Continuada, querida, le dijo el regente con bondad, ¿al final el viejo consistió en venderos la muñeca?

El príncipe, que paseando por la galería había oído por casualidad las primeras palabras de aquel sueño singular, entró en deseos de saber el resto.

Batilde continuó, aunque algo cortada.

- El viejo preguntó a la muñeca si quería entrar a servirme, y la misma muñeca respondió con voz clara y vibrante: sí, amo mío. Maravillada por este nuevo talento me apresuré a preguntar el precio, y la misma muñeca me respondió con voz clara y firme: valgo diez mil rixdales<sup>3</sup>.
- ¡Carísimo! —exclamó el regente.
- Pues bien, tío mío, en mi sueño no eras tan económico, y ya te disponías a comprar la muñeca cuando por desgracia me desperté.
- ¡Vamos, vamos! —replicó el príncipe— es decir, que en los sueños tengo los mismos defectos que en la vida real, y que soy siempre demasiado bueno e indulgente con tus caprichos.
- Sí, tío mío, y sé muy bien que, si se presentase una ocasión semejante, no desmentiríais mi sueño, ¿no es verdad?
- Permitidme que no te responda, porque no quiero dejarme prender tan pronto... la ocasión se presentaría tal vez, y...
- ¿¡Cómo!? ¿sería posible realizar semejante maravilla? —exclamó Batilde con los ojos brillantes de gozo y de esperanza.

---

<sup>2</sup> [Nota de la autora] Sapajou: mono. [Nota del editor]: término en francés que hace referencia a un mono de pequeñas dimensiones, por lo que podría traducirse como mono ardilla o mono capuchino.

<sup>3</sup> [Nota de la autora] Moneda de plata que vale unos diez reales.

- ¡Ciertamente que sí! ¿Nunca has oído hablar de los autómatas de Juan Müller, conocido en el siglo XV con el nombre de Regiomontanus<sup>4</sup>, de los del célebre Vaucanson<sup>5</sup>, y de tantos otros?
- Pero tío, ¡una muñeca que habla!
- Sí, sí, el barón de Kenpelen<sup>6</sup> ha solventado este problema, construyendo un autómata que pronuncia algunas frases, y otro que juega al ajedrez.
- Y pensar, replicó Batilde con amargura, ¡que no ha de haber en todo mi ducado un hombre capaz de ejecutar una de esas obras maestras!
- Si vuestra alteza me lo permite —dijo atrevidamente Sapajou— yo le indicaré uno capaz de verificar ese milagro.
- Adelante —respondió el duque sonriendo con incredulidad—. Si lo conoces y quiere encargarse de semejante obra, siempre que consiga ponerlo en ejecución, seré tan generoso como lo ha soñado mi sobrina, y daré por la muñeca los diez mil rixdales.
- ¡Sapajou! ¡Sapajou! —exclamó la duquesa frotándose las manos con alegría —dile a ese hombre que se presente mañana en mi palacio... ¡Quiero verle! ¡Quiero escucharle!
- Esta noche pasaré a comunicarle vuestras órdenes.

El regente salió después de haber abrazado tiernamente a su sobrinita. En cuanto a la duquesa, el gozo la ahogaba, la mareaba, y no pudo pensar en otra cosa durante todo el día.

---

<sup>4</sup> [Nota del editor] Johann Müller Regiomontano (Königsberg in Bayern, 6 de junio de 1436 - Roma, 6 de julio de 1476), matemático y astrónomo alemán.

<sup>5</sup> [Nota del editor] Jacques de Vaucanson (Grenoble, 24 de febrero de 1709 - París, 21 de noviembre de 1782), ingeniero e inventor, es considerado como el creador del primer autómata, así como también del primer telar automatizado.

<sup>6</sup> [Nota del editor] Johann Wolfgang Ritter von Kempelen de Pázmánd (Bratislava, 23 de enero de 1734 – Viena, 26 de marzo de 1804) fue un escritor e inventor de origen húngaro, conocido principalmente por crear dos de los primeros autómatas, para María Teresa de Borbón, de cuya corte formaba parte y con quien solía jugar al ajedrez.

## CAPÍTULO II. Maese Guillermo Koerner, o el viejecito de la peluca

Recorramos, si gustáis, las calles de la ciudad donde reina Batilde. El sol acaba apenas de retirarse, y ya los pacíficos y sencillos habitantes se preparan a imitarle; los comerciantes cenan delante de la puerta de las tiendas, sus hijos corren en derredor, aprovechando la última hora del día, y nosotros, que no tenemos tiempo para detenernos a vagar, será preciso que apretemos el paso, si hemos de encontrar abierta la tienda de Maese Guillermo de Koerner<sup>7</sup>.

La muestra gigante que se ostenta sobre la puerta de su tiendecita sombría y ahumada nos demuestra bien a las claras que Maese Guillermo de Koerner es un relojero, pero su tienda tiene, sin embargo, un aspecto de lo más miserable. Todo el surtido se compone de cinco a seis relojes, de los que solo se usan entre los paisanos, y a los que dan en Francia el nombre de cudillos, y si colgaban de vez en cuando dos o tres muestras por detrás de los empañados cristales, era porque se las habían confiado para componerlas.

Aunque, como hemos dicho, la tienda respiraba por todas partes la escasez de posición, ninguno las adivinaría en los semblantes de Maese Guillermo, ni de su hija Lisbeth, que están cenando con la tranquilidad de aquel a quien nada importa el pasado, el presente o el porvenir. La vida de estos dos personajes es pobre y metódica como los relojes; las composturas y los abonos y algunos ricos, cuyos relojes arregla Guillermo semanalmente, cubren apenas las necesidades que comprendemos bajo el nombre del pan de cada día; con la módica renta que les produce una pequeña suma que Lisbeth heredó de uno de sus parientes, se visten y pagan el alquiler de la casa, y he aquí lo que ellos llaman estar a cubierto de la necesidad. En cuanto a sus placeres, se reducen a tener por amigos algunos vecinos honrados y alegres, con quienes hablan y juegan casi todos los días.

---

<sup>7</sup> [Nota del editor] Wilhelm Körner, también llamado Guglielmo Koerner (Kassel, 20 de abril de 1839 - Milán, 29 de marzo de 1925), fue un prestigioso químico y botánico alemán que desarrolló su trabajo mayormente en Italia. Es posible que Armiño hubiera oído hablar de él y utilizase un nombre parecido para este personaje del relojero, que también era alemán.

- Buenas tardes, maese Guillermo. ¿Cómo va? —dijo Sapajou entrando de repente en la tiendecita y tomando sin ceremonia algunas frutas—. Y tú, pequeña, ¿también estás tan famosa?
- ¡Ah! ¿Eres tú, querido? —respondió alegremente el relojero—; pero dime, ¿a qué debemos la dicha de verte por aquí tan tarde?
- Vengo a ver —respondió a su vez Sapajou— si estáis de humor de ganar diez mil rixdales.
- ¡Bah! —exclamó maese Guillermo sonriéndose con incredulidad— ¿acaso están descompuestos a la vez todos los relojes de Alemania? Pues amigo, mis piernas están ya muy flojas para emprender semejante jornada. Además, si así fuese, los compondrían otros pobres diablos como yo, donde quiera se encuentren. No sería regular que me llevara yo solo la ganancia.
- No creáis que es broma —dijo Sapajou con una importancia cómica— ¿queréis ganar los diez mil rixdales? Pues en ese caso no tenéis que hacer más sino poner mañana los calzones de seda negra y la mejor peluca, y encaminaros a palacio, donde os aguardan la gran duquesa y el príncipe regente... id sin temor, pues ya estáis anunciado.
- Pero es un imposible, Sapajou—dijo sonriendo a Lisbeth que, al oír hablar de palacio, abrió más y más sus espléndidos ojos negros.

En cuanto a su padre, el tono serio con que acaba de hablar el pajecillo, le había hecho meterse en reflexiones, que al parecer le impresionaban demasiado, porque ni su semblante apacible, ni las miradas distraídas que echaba hacia la calle, bastaban a ocultar su inquietud; miraba maquinalmente a todas partes; temía al parecer las explicaciones de Sapajou. Su color naturalmente subido, había tomado un tinte más pálido, y su pierna derecha, cruzada por costumbre sobre la izquierda temblaba ligeramente.

Sapajou no se hizo de rogar por más tiempo, y se puso a contar detalladamente el sueño maravilloso de la princesa, y el feliz resultado que había tenido; pero durante la narración, maese Guillermo ni respondió una palabra, ni cambió de postura; su frente se oscureció más y más, y sus ojos vinieron a fijarse sobre el pajecillo con una exaltación creciente.

- En fin —añadió Sapajou, sin apercibirse de aquella turbación— como había oído decir muchas veces a mi padre, que en otros tiempos habíais hecho maravillas en la mecánica, os he propuesto al príncipe que, como os he dicho, os aguarda mañana en su palacio.

Lisbeth bailaba de gozo, corriendo como una loca por la tienda, pero el relojero dejó caer la cabeza entre sus manos, y permaneció en silencio algunos minutos, sin apercibirse de nada de cuanto pasaba en derredor suyo. Cuando se incorporó estaba completamente abatido, y aquel rayo de animación febril que brillaba en sus ojos, se había cambiado en una tristeza profunda.

- Lisbeth, hija mía —dijo al fin—, pon las mamparas y enciende el velón, que ya ha cerrado la noche; y tú, hijo mío, come algunas frutas, mientras yo descanso cortos instantes, porque tengo que hablaros.

El viejo se recostó entonces en su silla de brazos y permaneció inmóvil hasta que Lisbeth corrió las mamparas, cerró las contraventanas, y habiendo atrancado la puerta de la habitación, le puso a cubierto del oído de un curioso, o de la visita de un importuno.

- Sapajou —dijo entonces el viejo estrechando la mano del pajecillo—, eres un joven excelente, pues que apenas vislumbra una fortuna, piensas en tu amigo preceptor, en tu anciano amigo Guillermo, que no halla palabras con que expresarte su agradecimiento. En cuanto a ti, mi querida Lisbeth, como padre estoy obligado a velar por tu dicha y por tu porvenir; esa fortuna que se me presenta, por ti y solo por ti la ambicionaría, y sin embargo la rehúso.
- ¿La rehusáis?! —exclamaron los dos en colmo de su admiración.
- Sí, la rehúso, y como era un deber mío adquirírtela, hija mía querida, es preciso que te explique porque la rehúso. Desde mi edad más tierna cautivaron siempre mi atención las grandes obras y los fenómenos científicos, que aún no comprendía, y apenas llegué a la adolescencia, cuando el estudio de la mecánica y de los maravillosos resultados que por su medio podían obtenerse, fue mi única pasión, y aún puede ser mi única

felicidad. El ejemplo de Vaucanson<sup>8</sup>, de Jacobo Droz<sup>9</sup>, mecánico de la Casa de La Moneda en París, inflamaba mi imaginación, y queriendo alcanzar parte de su gloria, me trasladé a París, que ha sido y será siempre el centro de las notabilidades artísticas y científicas. No me detendré a explicaros las maravillosas máquinas que inventé allí, pero basteos con saber que me dieron poca gloria y menos dinero... ¡Aquí es preciso que os hable de dos personas queridas que todos hemos llorado!... De tu padre, Sapajou, de tu padre, el varón de B... caballero tan noble de nacimiento como de corazón, y que me sostenía con su valor y su dinero en las empresas más difíciles y costosas; de tu madre, Lisbeth, cuya Santa y dulce amistad dulcificaba la punzante impresión que me hacían los frecuentes y dolorosos desengaños. El varón, orgulloso con la habilidad de un paisano suyo, se esforzaba en darme a conocer, y su protección no me faltaba nunca. Pero si tenía un protector, y podía contar con una amiga fiel, tenía también un enemigo cruel y pérfido; un enemigo que dormía y velaba conmigo, siempre a mi lado, abrigado bajo mi mismo techo; un enemigo que me acompañaba en todos mis trabajos, de quien nunca sospechaba y a quien nunca temía: ¡el orgullo! Cuando una serie de mis obras estaba completamente acabada, mi alegría se convertía en delirio, pero mi alma no se elevaba nunca a un pensamiento de gratitud al Eterno que me había dotado de un genio tan profundo. No se trataba más que de mí: en lugar de admirar al que me inspiraba la composición de las máquinas, me admiraba de verme tan perfecto, tan capaz de crear, y mi pobre esposa contribuía en gran parte a mi desvarío; y sin saber lo que hacía, sin querer tampoco enorgullecerme, venía con su admirable sencillez a exaltar más y más la culpable vanidad que alimentaba mi corazón de fuego. Su amor le hacía exagerar sin freno ni medida el mérito de mis invenciones, y cuando, completa ya una máquina, me veía ensayarla con éxito feliz, exclamaba llorando de alegría y contemplándome con veneración: ¡Ah! ¡Guillermo! ¡Guillermo!... Eres un

---

<sup>8</sup> [Nota del editor] Ver nota número 5.

<sup>9</sup> [Nota del editor] Pierre Jaquet-Droz (La Chaux-de-Fonds (Suiza), 28 de julio de 1721 - Bienne (Suiza), 28 de noviembre de 1790) fue un relojero suizo, célebre por sus creaciones de relojes y autómatas, cuyo éxito lo llevó a crear su propia fábrica y marca de relojes.

genio... ¡un espíritu superior al de los demás hombres! Y este sentimiento que en ella nacía de la virtud, en mi era una herejía, qué me embriagaba como un veneno destructor. Mi delirio llegó a su colmo, cuando al cabo de grandes vigiliias y experimentos logré realizar mi idea favorita, dando a mis autómatas el don de palabra. Ante ese mecanismo, que acababa de encontrar al fin, todos mis triunfos anteriores eran humo, y mi primer anhelo fue hacer venir a mi esposa para que oyese hablar a una cabeza de bronce que acababa de construir. Tu pobre madre, Lisbeth, estuvo a punto de morir de miedo, pero cuando le expliqué las combinaciones que acababa de poner en juego para obtener aquel resultado maravilloso, no encontraba palabras bastante halagüeñas, ni impresiones bastante enérgicas para explicarme todo lo que sentía, mirándome como a un ser sobrenatural. Sí —le dije yo, enderezándome con un orgullo infernal—, si quiero, puedo ya crear un hombre completo... ¡heme aquí igual a Dios! ¡Ah! ¡Rompe, rompe tu obra! Exclamó mi mujer espantada con aquella blasfemia. ¡Rompela! ¡Tu orgullo nos perderá!

Yo estaba tan turbado, que no pude responder una palabra.

¡Guillermo! Continuó mi esposa, con voz solemne; Guillermo, créeme, ese autómatas nos traerá muchas desgracias, porque las palabras que acabas de pronunciar fueron las mismas que precipitaron en los abismos al Ángel favorito del señor, y le convirtieron en ángel de tinieblas.

Y esta escena está presente aquí —exclamaba el relojero golpeándose la frente—, como si hubiese pasado ayer mismo. Yo trataba de tranquilizar a mi esposa, asegurándole que solo había sido una chanza, pero ella no me escuchaba y gritaba deshecha en lágrimas: ¡Guillermo! La desgracia se acerca a nuestra casa, y entrará.

No se engañaba, por cierto. Cuántos pasos di para vender mi maravilloso autómatas fueron inútiles; el gobierno, incitado por un ministro ignorante, rehusó comprarlo; mi descubrimiento se hundió en el olvido, y agobiado con las deudas, lleno de tristeza, y sobre todo de remordimientos, hice pedazos mi obra maestra.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> [Nota de la autora] El sabio abate Mical había llegado a inventar dos cabezas de bronce que hablaban por medio de un teclado. A causa de un informe de Mr. Lenoir, superintendente de

El varón de B., a quien participé mi resolución de abandonar la mecánica, no se opuso a ella, y, por el contrario, entonces fue, mi querido Leopoldo, cuando me ofreció el destino de ser tu preceptor. Acepté desde luego, le seguí a esta ciudad, donde fijó su residencia, y solo por la muerte de tu padre alquilé esta tiendecita y me puse a componer muestras y cuclillos. Ello, también es mecánica, pero es preciso tolerar esta debilidad a un pobre viejo, que ha pagado su falta demasiado cara.

Los dos jóvenes estaban vivamente enternecidos a la vista de que el hombre, que había destruido por su mano la más bella de sus esperanzas, contemplando su infortunio con tanto interés como lástima.

Maese Guillermo Koerner enjugó dos gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas, y recobró poco a poco la serenidad y la calma.

- Pero, señor —dijo Sapajou, después de algunos minutos de silencio—, yo no veo aquí nada que os impida emprender la obra que el príncipe y la duquesa desean.
- ¡Oh! Sí, papá —exclamó Lisbeth, ebria de gozo— ¡hacedla, hacedla! ¡Sería tan lindo ver una muñeca como la que habéis dicho!

El viejo se sonrió.

- ¿Y creéis —les dijo— que el demonio del orgullo que habitaba en mi alma haya muerto tan de veras que sea imposible resucitarle? ¡Oh, no! No quiero hacer la prueba.
- Pero, señor, ¡diez mil rixdales! Os haríais rico, ¡y tan rico!
- Sí, sí, papá —añadió Lisbeth—, podríamos vivir en el campo, en una casita pintada, fresca, y con árboles y jardines. ¡Ah! Qué contenta estaría yo entonces. ¡Papá! ¡Papá! Haz esa muñeca, y aunque sean más, que cuando seas rico, ya no tendrás que trabajar nunca. ¡Hazla! ¡Hazla! ¡Te

---

policiá, el gobierno se negó a comprarlas, y el desgraciado artista las destruyó, y murió pobre e ignorado en 1789.

querré tanto!... Y, sobre todo, ver una muñeca que anda, que salta, que juega y habla... ¡Oh! ¡Que dicha!...

La niña saltaba como una loca sobre las rodillas de maese Guillermo, le abrazaba, le acariciaba, le componía su peluca, y usaba en fin de toda la seducción que impera un arsenal de caricias y de coqueterías infantiles.

- ¡Diez mil rixdales! ¡Oh! Es una suma un poco fuerte —murmuró el viejo— y, sobre todo, ¡volver a trabajar en aquellas hermosas combinaciones de otros días! ¡Lisbeth! ¡Lisbeth! Dios querrá que mi obra tenga buen fin, porque bien ve que solo aspiro a tu dicha.
- Y luego —añadió Sapajou—, que he dado la palabra por vos, y no os sería tan fácil escapar de cumplirla... Cuando la gran duquesa quiere una cosa, la quiere de veras, y su tío, el príncipe regente, que no piensa más que en satisfacer sus menores deseos, difícilmente aceptaría las excusas que quisierais darle.
- Convenido —dijo casi con alegría maestro Guillermo—, mañana iré a palacio; pero os encargo, hijos míos, que no reveléis jamás a nadie lo que acabo de confiaros.

El pajecillo abrazó con alegría a su antiguo preceptor, y después de haberle dado algunas instrucciones acerca de las maneras con que debía presentarse en palacio, salió de la tienda del relojero.

Todo el resto de la noche la emplearon padre e hija en escoger el traje con que debía presentarse a Guillermo, y después de haber escogido una camisa de chorreras de encaje, amarilla de puro guardada; unos calzones de seda negra, que no necesitaban más que dos o tres cosidos, y una enorme peluca a la antigua, ambos se durmieron con la cabeza llena de ideas risueñas y consoladoras.

El primer albor de la mañana les halló ya en pie; pero dejemos a maese Guillermo hacer su tocado, íbamos a aguardarle al palacio de la gran duquesa.

### CAPÍTULO III. Dos niñas para una muñeca

Al día siguiente, y a la hora convenida, presentose el viejo a la duquesa y al príncipe regente; pero cuando maese Guillermo apareció en el salón, Batilde exhaló un grito agudo, que sobresaltó a su mismo tío, por más que este demostrase también una gran sorpresa.

Para que nuestros lectores comprendan, y aún experimenten la misma sorpresa que Batilde, describiremos en pocas palabras la figura del singular relojero.

Era maese Guillermo Koerner un viejecito que reunía en su exterior los más extraños contrastes. Como andaba generalmente algo encorvado, lo primero que uno se echaba a la vista era una enorme peluca de martillo, rareza que no se llevaba ya en el país hacía largo tiempo; y si maese Guillermo levantaba la cabeza, se divisaba bajo aquella nube de cabellos postizos un rostro diminuto, redondo, e iluminado hasta la punta de la nariz con un color de bermellón mate, que le daba toda la apariencia de un polichinela. Contemplaban el cuadro dos ojillos redondos, vivarachos y maliciosos, y un cuerpo delgado y casi seco, que flotaba por decirlo así, en los vestidos que tenía retirados hace algunos años. A pesar de su aspecto poco ceremonioso, el viejo parecía encontrarse algo cortado en presencia de tan elevados personajes, y aunque la edad da siempre a los movimientos cierta pesadez inevitable, su vivacidad natural se traslucía en todos sus gestos, y hasta el temblor, hijo de la ancianidad, parecía en él un exceso de fuerza nerviosa. En una palabra, era el retrato vivo que Batilde había visto en su sueño, y por eso no había podido contener aquel grito de sorpresa, ni explicarse aquella singular coincidencia.

- Monseñor —dijo Sapajou— he aquí mi protegido, que recomiendo a vuestra Alteza como si fuese mi padre. Además de que le considero con bastante talento para cumplir los deseos de vuestra Alteza, ha sido mi preceptor, y le debo un profundo reconocimiento.
- Me parece, maese —dijo el príncipe—, que emprendéis un proyecto demasiado difícil para poderlo llevar a cabo.
- Estoy seguro de poderlo cumplir, monseñor —replicó maese Guillermo—, inclinándose de nuevo.

- No dudo, amigo, de vuestro celo ni de vuestra constancia; pero andaos con tiento, porque mi real sobrina tomará vuestras palabras por lo serio; contará con esta muñeca, y si os ponéis a ejecutar imprudentemente una obra superior a vuestras fuerzas, Batilde no os perdonará jamás el haberla hecho esperar tantos meses ese juguete, que es su sueño dorado, y que no podréis presentarle; con que así, reflexionad bien, y si no podéis ejecutar lo que se os pide, si os queda la menor duda acerca de la ejecución, decidlo francamente y se os concederá una recompensa en premio de la buena voluntad que habéis manifestado; pero mirad que más adelante ya no os admitiremos la menor excusa.
- Me comprometo a traer la muñeca dentro de tres meses —replicó tranquilamente maese Koerner.

Si Batilde no hubiese sido una duquesa soberana, el gozo la hubiese hecho saltar al cuello de maese Guillermo, y aun así faltó muy poco para que olvidase su dignidad.

- Cuento con vuestra palabra —dijo el regente—, y dentro de tres meses tendréis los diez mil rixdales.

Concluido el ajuste, maese Guillermo se despidió de los príncipes; Batilde le regaló a Sapijou una magnífica cadena de oro, y todos eran felices con la esperanza de ver andar y saltar al maravilloso autómatas; pero tres meses son un siglo para el que espera, y en un siglo pueden pasar muchas cosas.

Apenas maese Guillermo volvió a su casita, puso manos a la obra, pues no había tiempo que perder. Los planes de combinación y los difíciles cálculos que tenía que hacer, lo ocuparon muchos días; Lisbeth, le miraba, le escuchaba, y nada comprendía, pero al llegar la noche el relojero tarareaba un rondó de sus buenos tiempos, y Lisbeth se dormía pensando:

- Parece que todo va bien.

Al cabo de unos quince días, notose un gran cambio en la cara del relojero. La fortuna de Lisbeth, que estaba colocada en su mayor parte en casa de un banquero y, que con su rédito, puede decirse que se sostenía la casa, fue realizada a dinero contante. Maese Koerner salía todas las mañanas con los bolsillos llenos de dinero, y volvía con ellos vacíos, pero trayendo en cambio una porción de instrumentos y de materiales extraños: escribió a París y Londres para que le enviaran ciertos utensilios que le hubiera sido imposible hallar en el país, y después que tuvo dos habitaciones llenas de ruedas, resortes, fuelles, etc., volvió a reparar sus planos, a tirar sus cálculos, y puso manos a la obra principal.

Una tarde, después de comer, sentó a Lisbeth sobre sus rodillas, cosa que no había hecho desde que se hallaba absorto en sus planes mecánicos.

- Hija mía —le dijo—; al fin, creo haber acertado en mis combinaciones, y solo me falta ponerlas en ejecución.

Para esto necesito mucha tranquilidad, mucha calma, y la menor distracción puede serme fatal, por lo que es absolutamente preciso que te ocupes lo mejor que puedas de todos los detalles de la casa y, sobre todo, no permitas que venga nadie a interrumpirme bajo ningún pretexto. Cuando quieras verme trabajar, ven despacito y arrímate por detrás de los cristales, que separan mi habitación del pasadizo, y mira, pero sin hacer ruido... Vamos, abrázame, y no te inquietes ni te pongas triste porque en adelante ni te hable ni te abrace, que todo tiene su fin.

Lisbeth se echó a llorar, pero aseguró a su padre que de ninguna manera sería interrumpido, y maese Koerner empezó aquella misma noche a encerrarse con los materiales que habían de servir para la famosa muñeca.

A cualquier hora de la noche que Lisbeth despertase veía brillar la luz en la habitación del relojero, y solo al mediodía, cuando el ruido impedía que maese Guillermo se entregase a su minucioso trabajo, con la calma que necesitaba, solo entonces se acostaba el anciano sobre su cama para tomar algún descanso. Por lo demás, a las horas de comer, que era cuando únicamente podía la niña

observar a su padre, aunque por cortos instantes, siempre hallaba en su rostro la expresión de una alegría creciente.

Este cambio es súbito en las costumbres del imperturbable relojero, causaba en todo el barrio grandes inquietudes, porque maese Koerner era para sus vecinos una persona tan útil como querida.

- ¿A dónde habrá ido a parar maese Koerner? ¿Cómo no saldrá ya a tomar el fresco por la mañana ni por las tardes? ¿Estará malo? ¿Se habrá muerto?...¡Imposible! Su hija está un poco triste, pero no es gran cosa... y si no trabaja, ¿de qué vive?

Todos los días se hacían los vecinos estas y otras preguntas, sin que hubiese uno solo que pudiese contestar a ellas, de manera que aquella buena gente se perdía en conjeturas a cuál más disparatadas.

Para ello será imposible olvidar al pobre Koerner que no iba ya a dar cuerda a los relojes de la vecindad; las muestras no hallaban quien las compusiese, y lo mejor era que Koerner vivía y trabajaba, porque Lisbeth respondía a todas horas.

- No está en casa... duerme... está ocupado.

La costumbre de que maese Guillermo arreglase los relojes era tal que, con su ausencia, había quien tomaba el mediodía por la tarde, y la pregunta incesante que se oía de ventana en ventana de:

- ¿Sabéis qué hora es?

Podía muy bien traducirse en:

- ¿Sabéis algo acerca de maese Koerner?

Durante los tres meses que el relojero había pedido al regente, solo Sapajou había venido de vez en cuando a preguntar por su antiguo maestro. Batilde, por

el deseo de poseer el juguete, y el regente por el interés que debía reportar a la mecánica la aparición de un autómatas tan perfecto, enviaba muchas veces al pajecillo, que durante dos meses trajo siempre buenas noticias, porque Lisbeth leía en la alegría de maese Guillermo que la obra avanzaba y que todos los obstáculos estaban vencidos, pero después de esta época, la niña se hizo más melancólica y reservada. Sapajou, que notó al instante aquella mudanza, le preguntó alarmado:

- Lisbeth, ¿has notado acaso alguna inquietud en las facciones de tu padre? ¿Alguna duda?
- No, no —respondió la niña con cierto embarazo— pero... ya ves... nunca está uno bien seguro... y luego, es una empresa tan difícil.

Sapajou estaba muy lejos de quedar tranquilo, pero se guardó de participar sus temores a la gran duquesa.

Al fin, cuando ya faltaba poco más de una semana para que expirase el plazo, Sapajou, que a cada visita había encontrado a Lisbeth más triste desmejorada, la vio echarse a llorar con el más profundo sentimiento.

- ¡Gran Dios! ¡Todo está perdido! ¿Es verdad, Lisbeth?
- No, no, creo que no. Todavía tengo esperanza.
- Pues es preciso saberlo de cierto, es preciso si he de dar una mala noticia, que al menos tenga ocho días para prepararme, y para calmar, si es posible, la cólera de los príncipes.
- ¿De veras se encolerizarían si le faltase la muñeca?
- ¡Oh! Y tan de veras.
- ¿Y crees que harían daño a papá?
- Daño precisamente, no; pero la duquesa patearía, amenazaría, y el regente, aunque es demasiado bueno para imponeros un gran castigo, os privaría de los diez mil rixdales, que son toda una fortuna, y ya no podríais recibir nunca la menor gracia de la corte... pero dime... ¿no has aprovechado nunca el permiso que te dio tu padre de poder mirar a través de los cristales?
- Nunca... ni quiero... ¿para qué? No comprendo una palabra.

- No importa, acaso la muñeca esté ya casi concluida... y puedas darme ya alguna razón cierta... mañana me dirás lo que has visto.

Aquel día maese Guillermo dormía más de lo ordinario, pues eran ya las nueve de la noche y todavía roncaba el buen anciano sobre su lecho, aunque completamente vestido. Su habitación, no presentaba ya aquel aspecto de desorden que en otro tiempo; los mil pequeños utensilios, que dos meses antes estaban desparramados sobre todo en los muebles, habían todos ocupado su sitio en un maravilloso conjunto de muebles y ruedas.

A la vista solo se percibían algunos instrumentos, arreglados ya en fila sobre un estante, como personas desocupadas que nada tienen que hacer, y en un rincón, un objeto cuya forma era imposible distinguir, y que estaba herméticamente cubierto con un pedazo de tela verde.

Como a eso de las diez, Guillermo se despertó, y quedó mirando al encontrarse a oscuras. Entonces encendió el velón, se encaminó con una impaciencia febril hacia el objeto invisible que acabamos de citar, e iba a levantar la tela, cuando de repente se detuvo, y cayendo de rodillas, estuvo un cuarto de hora en oración. Cuando concluyó, levantó con mano firme la tela verde, y dejó ver una figura de niña como de nueve o diez años. La ilusión era completa, y de cerca como de lejos, cualquiera hubiera creído ver una niña hermosa y sonrosada, con su vestido blanco, sus medias caladas y sus zapatitos de raso.

Maese Guillermo movió un resorte oculto en la cintura de la muñeca, que abandonando de repente su zócalo echó a andar con una gracia encantadora. Guillermo le puso en las manos una cuerda, la muñeca saltó ligeramente por encima, se detuvo respirando con agitación y pronunció distintamente con voz argentina:

- ¡Oh! ¡Qué cansada estoy!

Maese Koerner iba sin duda a continuar sus experimentos, cuando sintió volar en pedazos uno de los cristales de la puerta, resonando en el pasadizo un grito ahogado, al que siguió el golpe que hace un cuerpo al caer.

El relojero, sobresaltado con aquella interrupción inesperada, tomó la luz y corrió hacia el pasadizo, donde encontró a Lisbeth desmayada. El pobre anciano la tomó en sus brazos y la llevó sobre el lecho que acababa de dejar, abrazándola, llorando, y llamándola su tesoro, su hija querida.

Felizmente el desmayo duró muy poco, pues de no ser así, el pobre Guillermo, gastado por la vigilia y la fatiga, pasando desde la alegría del triunfo al dolor más vivo, habría infaliblemente perdido la razón, pero cuando la niña abrió los ojos, el viejo no pudo menos de estremecerse al ver el cambio que se había operado en las facciones de su hija, que respiraban en otro tiempo la calma y la salud.

La niña estaba flaca, pálida, y sus ojos tristes y empañados, faltos de expresión, y fatigados de llorar, se abrían con tal dificultad que maese Guillermo quedó entonces más espantado que cuando la había levantado sin movimiento.

Aquella tristeza, aquel aspecto, no eran obra de un día... luego su hija estaba enferma... ¿pero desde cuándo? El viejo casi se olvidaba del autómeta, para no pensar más que en su hija.

- ¡Oh! ¡Papá! —dijo al fin Lisbeth—, ¡qué miedo he sentido al ver a la muñeca andar y hablar como una persona!

#### CAPÍTULO IV. El padre y la hija

- ¡Niña! ¿Pues que no sabías ya lo que ibas a ver? No hay que tener miedo ni pena... de lo que se trata ahora es de gozar con la esperanza del premio... con la alegría de la riqueza... Mañana iré a llevar la muñeca a palacio, y pasado mañana seremos ricos y partiremos para el campo.

- ¡Mañana! —exclamó Lisbeth con alteración—; el plazo no se concluye hasta de aquí a ocho días.
- ¿Qué importa? En ocasiones como esta, la gloria está en adelantarse aplauso convenido.
- ¡Oh, papá! ¡No entregues la muñeca hasta los ocho días!

Lisbeth juntaba las manos para suplicar a su padre, y derramaba un torrente de lágrimas.

Maese Koerner estaba admirado al ver la exasperación de su hija, y la contemplaba con ternura y espanto a la vez.

- Pero Lisbeth... algo hay aquí de extraordinario... hija mía, tú estás cambiada; tú estás enferma.
- No, enferma no; pero estoy triste, y eso es todo. ¡Si supieseis que, desde hace un mes, que es cuando veo que tu obra adelanta día en día, no ceso de pensar que esa obra maestra que te ha costado tanto esfuerzo será para otra niña desconocida... yo que sería tan dichosa con poseerla... con jugar con ella...
- Pero te olvidas, hija mía —repuso maese Koerner espantado con aquel deseo—, de que todo lo que poseíamos se lo ha tragado la construcción de la muñeca; y que a más ha sido preciso contraer deuda para subvenir a nuestros gastos particulares y que, si ahora no cogemos los diez mil rixdales, estamos arruinados, perdidos.
- Es verdad —repuso tristemente Lisbeth—, pero ya que te restan ocho días de término, prométeme que me dejarás la muñeca hasta que concluya el plazo. Nadie sabe que está acabada, y así...
- Vamos, pues que con eso te contentas, ven, querida hija, ven a ver ese hermoso juguete.

Y el viejo, convirtiéndose en niño, para gozar mejor de la sorpresa de su hija, se puso a hacer ejecutar al autómata a todos sus movimientos extraordinarios.

El padre y la hija reían como locos al ver los gestos y actitudes de la muñeca, y la diversión hubiera sido completa a no ser por la secreta inquietud que se

apoderaba por instantes de maese Guillermo: Lisbeth era dichosa, pero solo por ocho días.

- ¡Bah! —pensaba para tranquilizarse. ¡Ocho días! Para una niña son todo un porvenir.

Sapajou vino al día siguiente, y se le dijo que, aunque no había ya duda alguna acerca del buen éxito, faltaban todavía ocho días para darle la última mano.

- Ya ves —dijo entonces el pajecillo a Lisbeth—, que tus temores no tenían sentido común. ¿Creeréis maese Guillermo que, si hubiese dado crédito a vuestra hija, hace ya un mes que hubiera quitado a la duquesa y al regente toda esperanza cerca del autómeta?

Maese Guillermo miró fijamente a su hija, que se avergonzó y bajo los ojos.

Muy pronto circuló en la corte la noticia de que iban a presentar el autómeta, y Batilde que, estaba loca de alegría, contaba las horas y los minutos; la alegría era tal, que todas las personas de palacio estaban alegres, solo con verla tan feliz y risueña.

La tienda del relojero presentaba entonces un aspecto bien diferente, aunque nacido de la misma causa; el pobre Guillermo veía a su hija desmejorarse de día en día a medida que se acercaba el término, y su embarazo crecía, convirtiéndose en la más amarga tristeza.

En fin, al octavo día, tan temido para él, vio detenerse delante de su puerta los magníficos coches de palacio; del primero bajaron el regente y Batilde, y se encaminaron radiantes de gozo a la tienda de Guillermo.

Lisbeth escapó y se encerró en la habitación de su padre, en tanto que éste se deshacía en saludos y cumplimientos.

- Nos preciamos —dijo el regente— de honrar el talento y la virtud, y su Alteza, la gran duquesa, ha querido haceros el honor de venir a vuestra

casa para daros un testimonio público de la admiración y el aprecio que le habéis inspirado.

- ¡Monseñor! —murmuró el relojero, inclinándose casi hasta tocar con el consuelo.
- La duquesa no podía ya aguardar más, después de saber que vuestra obra estaba concluida... conducirnos a vuestro taller.

El buen hombre, que temía la desaparición de Lisbeth estallase delante del príncipe, se apresuró a responder que iba él mismo a bajar la muñeca, y emprendió sobre el camino de su cuarto, donde encontró a Lisbeth llorando y atacada de un violento espasmo nervioso.

- ¡Hija mía! ¡Hija mía! —gritó el viejo lanzándose a socorrerla—; es el príncipe regente... es la gran duquesa en persona... ¡Ánimo!... ¡Ánimo!... Te lo suplico...

Lisbeth se calmó y dio salida a un torrente de lágrimas que expresaban un sentimiento profundo. Maese Koerner no pudo resistir por más tiempo un dolor tan verdadero, y volvió a bajar lentamente a su tienda, pálido y convulso como un azogado.

- Monseñor —dijo el príncipe con voz quebrantada—, si os lleváis esta muñeca, la vida de mi hija está en peligro. Mucho me duele tener que pagar vuestras bondades con una negativa, pero no puedo resolverme a matar a mi hija...
- ¿Qué es lo que decís? —preguntó Batilde furiosa—. Quiero la muñeca, y la quiero, porque es mía, porque se os ha mandado a hacer para mí... y no os pertenece ya... la quiero, maese, y la tendré.
- ¡Perdonadme!... Compadecerme —exclamó Guillermo cayendo de rodillas.
- ¡¿Y qué?! —dijo entonces el príncipe—, ¿no os avergonzáis de faltar a vuestra palabra por satisfacer el capricho de una niña de diez años? Poneos en guardia, que muy pronto sabréis que no se juega impunemente con un príncipe.

- ¡Ea! Gritó la duquesita, apoderaos del autómeta a viva fuerza.
- No, señora —respondió maese Koerner con dignidad—; es mi obra, y tengo el derecho a disponer de ella según me parezca. Guardaos vuestro oro; pero si dais un solo paso para arrancarme ese juguete que vale la vida de mi niña, me veréis hacerlo mil pedazos a vuestros mismos ojos.

La duquesa se desmayó de cólera, y el príncipe, después de haberla hecho trasladar al coche, se volvió hacia maese Koerner y le dijo con una frialdad amenazadora:

- Es muy fácil conocer que todo esto no es más que un pretexto para faltar a vuestra palabra, y que no quiero farsantes en mis dominios, antes de una hora os aseguro que sabréis noticias que no esperabais.

La comitiva echó entonces a andar hacia palacio.

Maese Guillermo subió apresuradamente a su habitación, luchando con el placer que iba a causar a su hija y el temor que le causaba la amenaza del príncipe, y... ¿cómo se quedaría viendo a Lisbeth de pie en medio de los fragmentos del precioso autómeta, que acaba de salvar para ella? La infeliz muchacha, creyendo que al fin iban a arrebatarle aquel juguete querido, acababa de destruir a martillazos aquella obra maestra, exclamando con rabia a cada golpe: ¡al menos ya no será para otro!

- ¿Qué has hecho? —exclamó su padre consternado—. La muñeca era para ti, para ti sola, y por conservártela acabo de arriesgar mi libertad, ¡y acaso mi vida! ¡Oh! ¡Todavía pesa sobre mí la cólera del cielo!

## CAPÍTULO V. Otra vez el autómeta

He aquí un fragmento de la carta que recibió Sapajou, como un mes después de los sucesos que acabamos de referir.

«... así ha pasado todo, y lo que os puedo asegurar es que en el día me arrepiento de veras de mi loco capricho. ¡Si supieses el golpe que recibí cuando una hora después de haberse marchado la duquesa vi la casita de mi padre rodeada de soldados, ¡que nos intimaron la orden de abandonar el ducado! Mi padre estaba casi contento, porque temía que le llevasen a la cárcel. Ahora somos bastante desgraciados, y no puedo consolarme porque sé que la culpa es solo mía.

Mi pobre padre finge estar siempre alegre para que yo no me entristezca, pero hartoo conozco lo que sufre. Tú nos dices que la duquesa está muy enferma de pena, y el regente muy encolerizado contra nosotros... pero ¿qué hacer en el día? Por mucho que se lo suplico, mi padre no quiere volver a empezar la obra, de miedo que Dios haga un escarmiento, pues cree que la catástrofe que nos ha sucedido ha sido un castigo de Dios, irritado contra él, por haber quebrantado su promesa de no volver a construir autómatas.

He querido reunir de nuevo las ruedas y los muelles, pero ya conocerás que eso es una locura, y no necesité más que un minuto para convencerme de mi impotencia. ¡Oh! Estoy segura de que, si pudiese arrojarme a los pies del regente y hacerle ver que yo sola he tenido la culpa, estoy segura de que perdonaría a mi padre. ¡Y me dices que es imposible!... Pero ¿no hay medio de poder llegar hasta él?... Por obtener el permiso de verle estoy pronta a todo...»

La corte estaba consternada: habíase apoderado de Batilde una melancolía tenaz, que la hacía desmejorarse de día en día, y los médicos más sabios perdían en aquella cura su reputación, porque el mal era inatacable. En vano se inventaban las fiestas más alegres y ruidosas, y se le ofrecían los juguetes más bellos; la duquesa respondía siempre: eso no vale nada donde está mi muñeca, encerrándose enseguida en un silencio sombrío desesperado.

Una mañana que el príncipe regente atravesaba la galería para ir a saludar a la duquesa, distinguió en uno de los ángulos a Sapajou, que parecía estarle aguardando.

- Monseñor —le dijo con humildad—, conozco que, aunque involuntariamente, yo soy la causa de todas las desgracias que ocurren en palacio, pues que yo he sido quien trajo aquí a maese Guillermo Koerner, y un mes hace ya que no pienso más que en remediar el mal, y volver la salud y la alegría nuestra legítima soberana. Bien sé que los esfuerzos de los hombres más sabios se han estrellado contra la tenacidad del mal; pero creo haber ideado un medio que producirá según espero felices resultados. Si me hacéis el honor de escucharme, os participaré mi proyecto, y me consideraré muy feliz si os dignáis a aceptarle.

El regente, admirado, no sabía qué responder, y ordenó al pajecillo que le siguiese a su cámara, donde permanecieron encerrados por más de media hora, y cuando Sapajou se despedía cortésmente del príncipe, éste le dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa de las más graciosas:

- Vete, vete, querido... Llevas poderes amplios para todo.

Sapajou, ligero y alegre como unas castañuelas, tomó el camino de su habitación, y después de haber leído y releído la carta que recibiera por la mañana de la hija de Koerner, después de haberse paseado con agitación alrededor de la alcoba, se sentó y escribió rápidamente una larga carta, expresando en todos sus movimientos la expresión de una alegría casi pueril. Luego dobló la carta, la selló, y la entregó a un correo del príncipe, que partió al galope.

En tanto el regente, había hecho reunir toda la servidumbre del castillo, y después de comunicarles órdenes secretas, se dirigió al aposento de su sobrina. Ésta acababa de quedarse entonces dormida, y las damas, que no la abandonaban jamás, trabajaban en silencio cerca de la cama. El príncipe llamó aparte a madame de Heldorf, y le dijo en voz baja algunas palabras, que esta dama repitió a media voz a sus compañeras; pero por muy ligero que fuese el ruido, o más bien el murmullo que esto produjo, bastó para despertar a la gran duquesa, cuyo sueño enfermizo se interrumpía al menor movimiento perceptible.

- Alégrate, hija mía —le dijo el regente abrazándola—, uno de tus más fieles servidores ha logrado a fuerza de celo, de gastos y aún de disgustos, proporcionarte un autómeta, que te consolará sin duda del que lloras amargamente.
- Pero yo no quiero más que la muñeca.
- Pues bien, es una muñeca como la otra..., es decir, parecida en todo a la del miserable Guillermo, una muñeca que juega y anda y habla, ¿qué sé yo? Es obra de un célebre mecánico de Viena, que la había hecho para una princesa; pero cuando este buen hombre supo que tu vida estaba en peligro, se apresuró a ofrecerme su obra con la mayor honradez.
- Sí, pero hará lo que Koerner, que al fin de la cuestión se negará a entregarla, y este golpe será aún peor que el primero.
- Nada tienes que temer, Batilde, la muñeca ya está en camino, y mañana al despertar podrás verla ya en pie al lado de tu cama.
- ¡Oh!¡oh! —exclamó la duquesa, cuyas mejillas se animaban como por encanto—. Voy a buscarle un nombre lindísimo.

Aquella noche, luchando Batilde con el sueño, repetía sin cesar:

- Llamaré a la muñeca Bola de nieve...¡Oh!¡Qué nombre tan bonito!¡Cuánto quisiera que fuese ya mañana!

En efecto, al día siguiente, el primer objeto que distinguieron sus ojos al despertar fue la muñeca, la misma muñeca tan desgraciada.

No nos detendremos, amables lectoras, a haceros su retrato; basteos saber que reunía todas las bellezas que Batilde había visto en sus sueños, y que Koerner había realizado con tanta perfección.

La muñeca estaba inmóvil sobre un zócalo, de madera negra, y tenía los ojos cerrados.

Batilde, a pesar de su debilidad, quiso estar levantada y vestida, y después de haber hecho acercar la muñeca a su sitio, se puso a examinarla con la mayor atención.

No podría darse una imitación más perfecta de la naturaleza, pues las figuras de cera que se ejecutan en nuestros días no pueden en manera alguna comparársele. Batilde tocó el resorte, y en el mismo instante, el autómeta hecho andar, estremeciéndose un poco, y abrió unos ojos magníficos. Para realizar en todo su sueño, la duquesa quiso jugar el dominó, y la muñeca jugó con una gracia encantadora, sin equivocarse ni en un seis doble; en fin, la duquesa se sintió mejor y se encontró completamente feliz.

Aunque su salud estaba visiblemente mejorada, Batilde se acostó temprano, como todos los convalecientes, y su primer cuidado fue hacer que colocaran al pie de su lecho a Bola de nieve.

- Vamos, señorita —le dijo—, ya que habláis también, ¿tendréis la bondad de decirme que me amáis? ¿Estáis contenta con pertenecerme?
- ¿Qué más felicidad que estar a las órdenes de vuestra Alteza?
- He aquí lo que se llama hablar, y hablar a propósito... pero ¡Ah! Bola de nieve! Empiezo a creer, amiga mía, que todo eso del mecánico de Viena no es más que un cuento, y que sois sencillamente la muñeca fabricada por maese Guillermo Koerner; presumo que tanto él como su hija se habrán arrepentido de su tontería, e inventarían ese cuento para alcanzar que fueseis bien recibida.

Bola de nieve guardó silencio.

- No creas que por eso te quiero mal —añadió la duquesa con dulzura—, pero vamos, ¿qué piensas acerca de Lisbeth, la antojadiza? ¿No te parece que ha sido bien...?
- ¡Infame! —respondió el autómeta.
- Y dime, ¿qué harías tú en mi lugar para castigar a Koerner y a su hija?
- Perdonarlos.

- ¡Perdonarlos! ¿Después de haberse burlado de mí?
- El padre no es culpable más que de haber amado a su hija.
- Es decir, que te alegrarías de que les permitiese volver...
- ¡Ah! Sí, señora.
- Pues bien, mi querida Bola de nieve, hablaré a mi tío acerca de eso; pero ya que yo quiero darte gusto en todo, es preciso que me des palabra de no dejarme nunca.
- Os lo juro.
- Vamos —decía Batilde admirada—, es particular el tono serio con que habla mi muñeca... Bola de nieve, háblame con franqueza, ¿qué deseas?
- La gracia de maese Koerner y su hija.
- ¡Siempre lo mismo! Pues he pensado que no será tan fácil como te parece, pues el regente es inflexible para los que faltan a sus palabras.
- Maese Koerner solo ha faltado a su palabra porque la vida de su hija estaba en peligro, y si el regente los ha castigado, es porque vos estabais a la muerte de pesar por vuestra muñeca.

Como era la primera vez que el autómata hablaba algo largo y sin fatigarse, Batilde se puso a reflexionar, perdiéndose cada vez más en sus conjeturas.

- ¿Sabes —dijo al fin mirándola fijamente—, qué hablas y reflexionas como una persona? Pero aun suponiendo que Koerner sea inocente, su hija merece bien el destierro, porque cuando una no puede alcanzar una cosa debe consolarse, y no desazonar a su familia.
- ¿Y cuál es la causa de la enfermedad de vuestra Alteza? —preguntó Bola de nieve con una naturalidad llena de gracia.

La duquesa se puso morada de cólera, porque no podía esperar semejante pregunta. Al fin, dijo después de algunos momentos de silencio:

- Si no fueses una muñeca, pagarías muy caro la verdad que acabas de decir... pero...no, no, te doy el privilegio de decírmelo todo, porque al fin me has hecho tomar una buena resolución, la de pedir a mi tío la gracia

de Koerner y de su hija... cosa que nadie se hubiera atrevido a decirme, temiendo mi cólera...y...sí...sí...

La duquesa, que hacía un rato que luchaba contra el sueño, dejó caer la cabeza dulcemente sobre su almohada y se volvió a dormir.

Al despertar vio que la muñeca había desaparecido, y temiendo que todo fuese un sueño, llamó a madame Heldorf, que la tranquilizó, asegurándole que la habían llevado para cubrirla con un encerado, de miedo que la humedad penetra en las ruedas y resortes.

En efecto, dos damas entraron poco después, trayendo en brazos la muñeca, que acercaron a Batilde; esta dióla cuerda, y dijo con cariño a la muñeca:

- Temía que hubieses faltado a la promesa que has hecho de no abandonarme.
- ¡Ay! Señora, será preciso que nos separemos.
- ¡¿Cómo?! ¡¿Y tus promesas?!
- ¡Oh! Vuestra Alteza será la primera que me deje. Yo, como muñeca, estaré siempre lo mismo... vos creceréis, seréis una gran princesa, y una señora no puede ya jugar con sus muñecas.
- Pero una muñeca como tú es muy diferente.
- Sí, pero, aunque quisieseis conservarme a vuestro lado, se opondrían los que os rodean.
- Es verdad —dijo Batilde suspirando—, pero te quiero mucho, eres tan linda, tan buena, y me serías tan útil, que siento en el alma que seas un objeto de mecánica, aunque seas una obra maestra... Al menos, si fueses una niña, crecerías conmigo, y serías mi dama de honor y mi consejera.

La duquesa estaba tan disgustada, que su rostro iba tomando poco a poco la expresión de cólera que tomaba siempre que se veía contrariada.

Apenas Batilde pronunció las últimas palabras, oyó reír fuertemente a su espalda, y volviéndose, se encontró de frente con su tío, y con el paje Sapajou, acompañados de varias Damas y caballeros.

- Sé dichosa, Batilde —le dijo el regente abrazándola con ternura—, tus deseos están satisfechos, porque el autómeta es una niña verdadera que ha consentido en hacer para contigo el papel de muñeca.

Batilde se volvió y halló a Bola de nieve a sus pies.

- Sapajou —dijo entonces la duquesa al pajecillo, que la miraba sonriendo—, yo conozco que eres tú quien ha hecho esta jugada. Tío, si queréis recompensarle, perdonad a su maestro Guillermo Koerner.
- ¡Ah! Es verdad... yo había enseñado a esta niña su lección diciéndole cómo se había de expresar para contigo, y sin duda Sapajou es quien le ha insinuado la petición de gracia para maese Koerner.
- No, monseñor —dijo humildemente la muchacha que continuaba de rodillas—, esa gracia la pido para mí misma. Soy Lisbeth, la hija de Guillermo, que estaba deseando reparar mi injusticia para con vos, y Sapajou no ha hecho más que traerme al palacio, según yo deseaba.
- ¡¿Cómo!? —exclamó el regente—, ¿y te has atrevido a traer a palacio a la hija de Koerner? ¡Ah, Sapajou! Nunca has merecido mejor el apodo que te distingue.

Maese Guillermo fue llamado a la corte, y el regente pagó la deuda que el relojero había contraído para la ejecución del famoso autómeta y, para darle una ocupación que simpatizase con sus gustos, le nombró relojero de palacio.

Lisbeth permaneció siempre al lado de la duquesa, que para inaugurar las fiestas en que fue reconocida legítima soberana, casó a su favorita con Leopoldo de B., que se llamaba en otro tiempo Sapajou.